



Lucio V. Mansilla

Un hombre comido por las moscas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

Un hombre comido por las moscas

Al señor don Epifanio Martínez

Lo maravilloso no es que Barbey d'Aureilly haya vendido sobrepellices, sino que haya hecho crítica. Un día Baudelaire, a quien había tratado de criminal y de gran poeta, fue a verlo, y, disimulando su satisfacción por lo del elogio, le dijo:

- Caballero, habéis combatido mi carácter. Si os exigiera explicaciones por tal proceder, os pondría en una situación delicada, porque, siendo católico, no podéis batiros.

- Caballero – respondió Barbey d'Aureilly -, siempre he puesto mis pasiones por encima de mis convicciones. Estoy a vuestras órdenes.

I

Sentiría muchísimo que esta historieta o cuento tuviera el aire de una defensa personal.

Las tragedias de Shakespeare tienen de maravilloso que en ellas se halla de todo. Son bosques encantados. En ellos se respira, en plena naturaleza, un aire cargado de todas las magias. Shakespeare es como el cielo y la tierra. Creemos que él está triste, cuando nosotros estamos tristes, y alegre, cuando nosotros estamos alegres. Nos parece que él participa de todos nuestros sentimientos.

Esto dice un crítico de talento, y agrega que : el poeta no tiene en realidad ni odio ni amor, siendo su indiferencia divina. Yo, que he hecho de Shakespeare mi libro de cabecera, una especie de *Biblia*, no siento ya ni frío, ni calor, cuando me asalta el recuerdo molesto de ciertas perversidades.

Hace mucho tiempo, pues, que renuncié a la vana tarea de explicar actos artísticamente inventados, casi cincelados, como para que queden de relieve por el más maligno y fecundo de los autores, la calumnia.

¿Han observado ustedes cómo esa entidad anónima, intangible, formidable, sabe darse maña para hacer verosímil, lo extraordinario?

¿Conocen ustedes otra entidad tan infantil, tan crédula, por no decir tan boba, y a la vez tan desconfiada, por no decir tan escéptica, como el respetable *Monsieur tout le monde*?

El auditorio de la calle, de la plaza pública, de los salones, de los conventillos, es lo mismo que el público del teatro, y si no es lo mismo, si no son idénticos, son dos públicos que se parecen como una pera más o menos sana por dentro, a otra pera más o menos sana por fuera.

¡Qué creederas, qué tragaderas, qué preocupaciones, qué religiones las de ambos! Teniendo en cuenta el tamaño de lo primero y el carácter de lo segundo, no es mucha la dificultad: consiste en que los Basilio de la calle, o la convención teatral, no olviden, que la multitud cree siempre en que una cosa ha sucedido cuando desea que así sea.

Pero - ¿qué hay que no tenga su pero? - . pero, repito, cuando se ha imaginado e inventado algo nuevo, con visos de real, y se tiene la pretensión de hacerlo aceptar como asunto tomado del natural, del *vero*, es necesario, a más del talento de la inventiva, valerse de artificios muy ingeniosos, traídos, si es posible, de lejos, de los fenómenos hereditarios y del atavismo, que acompaña la trasmisión histórica de las ideas, de los sentimientos, de los gustos, de las extravagancias, de las rarezas, para inducirlo al público a desear que la verdad, imaginada o inventada, sea verdadera y a creerla tal, en su pretendido interés colectivo.

De mí no puede decirse lo que dice Anatole France de Baudelaire: que afectaba en su persona una especie de dandismo satánico; que se complacía y se enorgullecía en parecer odioso; que esto es lamentable y que su leyenda, hecha por sus admiradores y por sus amigos, abunda en rasgos de mal gusto.

-¿Ha comido usted sesos de recién nacido? – decíale él, un día, a un honrado funcionario -. Coma usted. Se parecen mucho a las nueces verdes, y es cosa excelente.

Otra vez, en la sala común de un restaurante, frecuentada por provincianos, comenzó, en alta voz, un relato en estos términos:

-Después de haber asesinado a mi pobre hermano...con mi propia mano...

Yo me he empeñado en lo contrario; ni me he vestido *à la diable*, ni he hablado jamás como antropófago.

Pero...ni es cosa fácil explicar ciertas transformaciones, ni tan fácil entender las explicaciones, cuando la evolución social no está terminada.

Antes, como ustedes saben, no era de mal tono comer con el cuchillo, metérselo en la boca. Ahora...¡guay del que lo haga!, pasará por un guarango, y hasta por un mal sujeto; la gente del *high life* tiene sus preocupaciones, como el patán las suyas, y es divertido, y hasta puede ser instructivo observar cómo es de intolerante la aristocracia de hoja de lata, cuyos blasones consisten en monogramas descomunales, relucientes como libras esterlinas.

De mí no puede decirse, he dicho un poco más arriba.

Siendo correcto, debo decir: de mí no podía decirse; porque hasta el momento, año más, año menos, a que me voy a referir, el público poco se había ocupado de mi persona, a no ser que sea ocuparse de ella que los muchachos me siguieran por las calles asombrados de mi *toilette*, de mi traje de recién llegado del otro lado del charco.

Yo venía de París, vestido a la *dernière*. Esto era en tiempo de Rozas, poco antes de su caída. Traía sombrero de copa, puntiagudo, paletó muy largo, llamado entonces, por lo largo, *incroyable*, y pantalón muy ajustado, *collant*.

A propósito de esa clase de pantalón, y de la crítica que en París mismo hacían de él, recuerdo, otra vez, la escena de un *vaudeville*, entre un sastre y un cliente.

- Faites-moi, un pantalon collant, très-collant; je vous préviens, que si j'y entre, je ne le prendrai pas.

Es decir, hágame usted un pantalón ajustado, muy ajustado, le prevengo a usted que, si me lo puedo poner, no se lo tomaré.

Y, en efecto, eran tan ajustados los susodichos pantalones, que había que ponérselos primero que el calzado; de lo contrario no entraban.

Sólo al verme, los muchachos me seguían diciendo: parecen bombillas las piernas – bombillas para ellos, de tomar mate, naturalmente -, y échenle ustedes un galgo a un traductor de ultramar, para que traduzca esto como es debido.

Yo empecé por encontrar estúpido al público, creyendo mi *toilette* irreprochable.

Venía de París; insistí, resistí, luché...contra la crítica. El ambiente criollo, rancio, *rococó*, me era adverso.

Acabé, pues, por deponer mis armas, me di por vencido, me entregué con cajas y banderas, mandé al diablo todo mi ajuar parisiense e inauguré con el chambergo de ala levantada, a lo don César de Bazán, la melena larga a la sansimoniana y todas las otras menudencias abigarradas, que, como lo colorado al toro, debían hacerme pasar por un caballerito muy *chic*...*malgré* mis pantalones a cuadros escoceses, y los *breloques* y demás perendengues que contemplaban mi estilo *baroque*.

Pero como estaba de Dios que las leyes del progreso se habían de cumplir, hete aquí que esta sociedad hizo su evolución, que yo la seguí cuando pude, y que un día resultó que yo ya no me vestí a su gusto, y que fastidiado me dije: salga el sol por Antequera, y seguí mi camino, sin cuidarme mayormente de la etiqueta, que es afectación para algunos, cuando en realidad, no es sino pereza o guarangada...para ellos.

Por supuesto, ya lo creo que es muchísimo más cómodo andar a toda hora, y entrar en todas partes, vestido del mismo modo, y no lavarse las manos, sino cada veinticuatro horas, y eso...si acaso.

Bueno; sea de esto lo que fuere, protesto aquí, una, dos, tres y cuantas veces fueren necesarias y, sean cuales hayan sido mis desviaciones, que de mí no ha de poder escribir ninguna mujer lo que Emilia Pardo Bazán escribe – no hay como las mujeres que dicen querer a un hombre para estropearlo – de Barbey d'Aurevilly, que llevaba el bigote reteñido, el pelo ídem, y en troba como en albores del romanticismo, el pantalón de jareta y franja, como los lechuguinos del año 1830, la chorrera de encaje, la corbata atada al descuido, el guante claro, y a veces el junquillito de pomo de oro; y que en costumbres y en carácter eran tan raro y original como escribiendo; y que su aspecto y modo de presentarse concordaban perfectamente con el genio de sus obras, agregando: es de advertir que ha muerto muy anciano y que casi frisaba en los ochenta cuando tuve ocasión de conocerle.

Mas séale esto perdonado por la conjunción que en seguida subrayo: Barbey es *sin embargo* infinitamente más *actual* que Hugo, quien después de todo, a partir del año 60, o cosa así, ya no representaba sino una forma caduca, usada, falsa.

Sí, yo he podido representar todo lo que ustedes quieran, menos el romanticismo, a no ser que los tiempos en que nací, en que me desenvolví, y en que sigo viviendo para el servicio de ustedes, sean adecuados, hechos como para hacer germinar en el alma ternezas de poeta estrafalario.

Yo no he representado ni he podido representar sino la lucha por la existencia, y en tal carácter me hallaba en el ejército que hizo la guerra del Paraguay.

No voy a ocuparme de los generales que en ella tomaron parte, dejando a la crítica trascendental el decidir si supieron avaluar todas las probabilidades; agrupar y combinar

mentalmente todos los elementos del problema que tenían antes sus ojos; si supieron evocar, por decirlo así, de antemano, el cuadro completo de las escenas que se desenvolverían ante ellos, durante el curso de las operaciones que proyectaran; si atinaron a identificarse con su adversario, a razonar en cierto modo con su cerebro y a prever así lo que harían en la hora decisiva de la campaña...no, no, de nada de eso me voy a ocupar: voy, sencillamente, a referir un caso, que fue todo lo contrario de lo que se dijo entonces por los artistas de invenciones.

Ustedes me permitirán, sin embargo, que con todos los respetos que debo a nuestra bandera y a nuestro ejército, en cuyas filas tengo el honor de formar, me detenga en ciertas inevitables minuciosidades, pasando, eso sí, por semejante capítulo como por sobre ascuas.

Diré entonces, cuanto antes, que yo tenía en el registro de mi batallón la filiación moral de todos los individuos que lo componían, empezando por los oficiales y acabando por el último soldado o tambor de la banda.

Entre los soldados clasificados, había un sanjuanino, llamado por mal nombre *Culito*, cuya reputación de ratero era proverbial, sin que nunca jamás se le hubiera podido probar que se había apropiado lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Pero la opinión, esa reina del mundo, contra la que no pueden ni las bayonetas, aunque suele ser reina injusta, lo sindicaba a *Culito*, y éste vivía bajo el peso de la sospecha.

Culito y yo teníamos nuestras cuentas pendientes, pues yo, que siendo de carne y huesos soy, como ustedes, fácil de sugestionar, estaba sugestionado por la opinión pública del batallón; así es que, varias veces, le había dicho al *cuyano* (así llaman en Chile a los de las provincias andinas, viniendo *Cuyo* del quichua, y significando arena): “Bueno, andá derecho, porque la primera vez que te pille me las pagarás todas”, y este me las pagarás todas, quería decir, me pagarás el que otros hayan padecido por ti; porque tú has sido bastante hábil para hacer recaer en otros, haciéndolos condenar, las sospechas de todas tus picardías.

Culito era un genio; tenía la imaginación más viva, asociada a la sangre fría y a la potencia del cálculo, de modo que, si en vez de haber sido soldado y pillito, hubiera sido general, habría ganado todas las batallas, terminando todas sus guerras en un verbo, pudiendo como Julio César pasar sus partes en esta forma: *fui, vi, venci*.

¡Que yo hice comer un hombre por las moscas! Y no comer metafóricamente, sino como lo manda el apetito y el diccionario lo explica, cuando dice que “*comer* es masticar y desmenuzar el alimento en la boca y pasarle al estómago”, lo que tanto vale como decir que el hombre desapareció pantagruélicamente. Ésa fue la leyenda corriente.

Ya veremos cuál fue la verdad verdadera.

Tengan ustedes la bondad de esperar al próximo jueves, y esperen tranquilos; ya que como lectores les pertenezco: soy mejor que mi moral, menos peligroso que mi frase, y si ustedes no están de acuerdo ni conmigo ni entre sí, no vayan a imaginarse que el caso es raro. También Lamartine, en una página elocuente y desdeñosa, lo ha maltratado al buen La Fontaine, tachándolo de *inmoral*, y como dice Legouvé, un estudio sobre el fabulista exige una *afabulación* que propone, sintetizándola así:

Jóvenes o viejos, pequeños o grandes, ricos o pobres, ¿queréis aprender a honrar a Dios, a amar a vuestro prójimo, a respetaros a vosotros mismos, a ser sinceros en amistad, fieles en amor, a saber de igual modo prestar un servicio o reconocerlo, y hacer vuestro camino en este mundo, sin comprometer vuestro destino en el otro...? *Adoptad a La Fontaine como maestro de moral*.

Yo no propongo nada de esto, ni cosa que se le parezca.

Mis principios, mis máximas, mi filosofía, un poco peripatética, eso sí, como que creo mucho en el testimonio de los sentidos, no son una receta que puede darse con la misma seguridad con que Pirovano da un tajo, no digo *in anima vile*, en el más pintado. Sería exponerlos a ustedes a que se fueran al infierno, que, teniendo la audacia de suponer que no exista, no es una tan mala invención.

Los exhorto a ustedes solamente a que tengan paciencia y a que suspendan todo juicio.

¡Adiós!, *sans adieu*, es decir, *à bientôt*, ya que está a la moda todo lo que es mezcla internacional.

II

*La bagatelle, la science
Les chimères, le rien, tout est bon; je
soutiens
Qu'il faut de tout aux entretiens...*
LA FONTAINE

Ya ustedes saben cómo se reclutaba una parte de nuestras tropas, lo que eran los *destinados* por vagancia y sus colaterales, en aquellos buenos viejos tiempos, como decían los cronistas de antaño, aunque los tales tiempos fueran duros como las intemperies.

Si no lo saben o si lo han olvidado, es tan poco edificante recordarlo, y explicar así virtualmente por qué razón ha habido en nuestra *Constitución* un artículo que empezaba diciendo: “Quedan prohibidas las ejecuciones a lanza y cuchillo”; artículo que ahora dice sencillamente: “Quedan abolidas para siempre la pena de muerte por causas políticas, y toda especie de tormento” (excepto los literarios) y “los azotes” (excepto los que merecen algunos escritores). Es tan poco edificante, lo repito, todo esto, que ustedes comprenderán que haya dicho anteriormente, entrando en materia, de rondón, que en el archivo de mi cuerpo yo tenía la filiación moral de todos los que lo componían, y que me propusiera pasar sobre esto como por sobre ascuas.

El hecho es que estábamos en el campamento de Ensenaditas, provincia de Corrientes, *yendo* para el Paraguay, con el que ya hacía, sin embargo, muchos meses que estábamos en guerra.

Los que no se contenten con ser paisajistas, los que quieran algún día escribir, propiamente hablando, la historia de esa gran guerra, que dio batallas más grandes que algunas de las que libró el mismo Napoleón, decidiendo de la suerte de las naciones, guerra que consumió más de medio millón de hombres, han de tener que meditar mucho respecto de las cualidades diversas, casi contradictorias, que se necesitan para que un hombre de espada llegue a ser un verdadero genio militar; y han de tener que ponerle velas a la Virgen, para que les conceda la clarividencia de Tomás Carlyle, que ha sido el escritor que mejor ha descrito batallas, sin verlas.

Yo, ¿a qué me voy a meter en semejantes honduras?

Yo no me ocupo sino de bagatelas y de quimeras y de monadas, parcelando la ciencia por carambola, porque es bueno que haya de todo en las conversaciones.

Cuando llegue el caso, no ha de faltar un Sir William Napier, tan mediocre soldado como historiador veraz, o un Jomini, el más eminente de los teóricos en materia de táctica,

que nos cuente esas cosas estupendas y extraordinarias que tanto los entretienen a ustedes, sobre todo cuando van acompañadas de juicios, de conjeturas y hasta de demostraciones, que explican, verbigracia, cómo es que el hombre de Waterloo, no siendo ya el hombre de Rívoli, escribe a cañonazos, pasando no obstante a la posteridad, su propio epitafio, que repite el *sic transit gloria mundi*.

Yo estoy en esto, a pesar mío, y sin que sepa el *pourquoi*.

Aquí mi secretario me recuerda, que ya que soy tan aficionado a Shakespeare me deje de *pourquoi* y que, como le dice Andrés a don Tobías, haga o deje de hacer lo que tengo entre manos, sin tantos requilorios; en otras palabras, que me deje de reflexiones perspicaces, acordándome de *Culito*.

Llamado, pues, a la cuestión, les diré a ustedes que, al mismo tiempo que había en mi batallón un pájaro, una calandria de esa jaez, había también una alma de Dios, encerrada dentro de un coloso – *Culito* era bajo -, de formas esculturales, de musculatura fornida, de anchas espaldas, cuyo nombre era Amespil.

Antes de ahora les he servido a ustedes un plato condimentado con los ingredientes relativos a este sujeto, y como no puedo ni debo repetirme, me resumo, me sintetizo diciendo, para proseguir, que Amespil y *Culito* eran dos seres tan opuestos, como el candor y la pillería, o como sus respectivas nacionalidades: *Culito* era argentino y Amespil bávaro. Y no opuestos por preocupación de la opinión pública, que es tan rara en sus adjudicaciones cuando se trata de vicio o de virtud, sino en realidad.

Y repetido esto, y repitiendo, con el permiso de ustedes, que estábamos en el campamento de Ensenaditas, les diré ahora que una noche fría, húmeda, casi tempestuosa, porque el cielo estaba en revolución, se oyeron unos gritos por el mayor del cuerpo, gritos que debían hacer que vuestro atento y seguro servidor se tirara de la cama, que nada de muelle tenía, pero que era excelente por aquello de que “a buena gana, no hay pan duro”, corriendo a las *cuadras* a ver qué podía ser eso, y que, no hallándonos frente a ningún enemigo, no podía ser sino un escándalo mayúsculo y un mal ejemplo en la brigada de que formábamos parte.

El batallón dormía, dormía hasta la guardia de prevención, dormían hasta los centinelas, ¡si aquello era como en tiempo de paz!, estando los paraguayos del otro lado del Río Paraná; dormían hasta las mismas brasas del fogón del cuerpo de guardia.

Bueno, y para no ser tan severo con el tedio, que era lo que entonces a todos nos dominaba, me apresuraré a decir que todo el ejército, inclusive el general en jefe, dormía; pero como se duerme en campaña, con un solo ojo.

La oscuridad era densa; las blancas tiendas de campaña apenas se destacaban en las *cuadras*, como fantasmas en medio de una nebulosa, envolviendo el cuadro una niebla finísima, que era casi una llovizna penetrante.

-¡Canalla! – gritaba una voz comprimida y áspera que no era la de Eva en el paraíso...-¡Canalla! – repetía esa voz, haciéndose cada vez más agria; y yo corría en dirección a ella, entre tropezones y maldiciones.

Me agarré a brazo partido con un bulto; luchamos, mejor dicho, el bulto no hizo sino defenderse, y lo hizo con tanta destreza que consiguió escurrirse y escaparse, dejándome por todo trofeo el capote que lo cubría.

-¡A formar la guardia! ¡Arriba todo el mundo! – gritaba yo, como un endemoniado; y gritando corría a la guardia de prevención, y allí, a la luz moribunda del fogón, examinaba, sin querer creer lo que mis ojos veían, el número del capote y de la compañía que el adversario me había dejado en las manos.

Primera Compañía, número 1: era Amespil.

¡Imposible!

¿No es verdad que es como para creer que hay algo de sobrenatural en ciertos presentimientos?

¡Imposible, sí! Amespil era incapaz de *gatear* a una mujer, mucho menos de convertirse en ladrón, si no cedía a sus pretendidas seducciones.

Ése era el caso, o al revés.

Y cae de su peso que un soldado muy diestro en combinaciones o gatuperios de esta naturaleza, se había hecho el siguiente cálculo: “La noche está oscura, llueve, todos duermen, la Dulcinea está sola, su marido de turno, me pondré el capote de otro y, por turbio que corra, lo único que apechugarán de mi persona, será lo ajeno”.

Matemático: los acontecimientos se desarrollaron como el genio que los había preparado lo calculó. En otra cosa no consiste la grandeza humana y, en su esfera, andan por ahí muchos genios con los que yo me cambiaría. ¿O no es vulgar dejarse manejar y llevar por los acontecimientos?

Yo, como ustedes lo comprenden, había quedado burlado, y un mayor burlado, y un mayor en ridículo, y un mayor desacreditado, son cantidades iguales; y en los ejércitos, como en muchas otras agrupaciones, el crédito, la estimación, el prestigio, no siempre dependen de lo que a uno lo hace intrínsecamente fuerte.

Hay muchos fenómenos a ese respecto dignos de ser observados.

Y como no puedo ser prolijo, porque mi secretario no me deja, observándome (es el observador más importuno) que no abuse de las digresiones, me concreto a prevenirles a ustedes que hay maestros de escuela cuyo prestigio con los alumnos depende de la enorme cantidad de cigarrillos que se *pitán*; jefes de oficina, cuyo crédito, ante sus empleados no proviene sino de lo *materos* que son, y hasta oficiales de caballería, del arma que ustedes quieran, cuya fama no estriba sino en que son guitarreros o *gauchos* para el amor o muy *paradores*.

Yo no podía, pues, conformarme con aquel fiasco: tenía que descubrir al criminal y que hacerles entender a todos, castigándolo, que conmigo no se jugaba; que aunque yo no fuera *gaucho* para ciertas cosas, había que andar derecho.

Pero la justicia militar, al revés de las otras justicias, debe ser eléctrica como el rayo; de lo contrario se desvirtúa.

¿Por qué?

Por la sencilla razón de que no está basada sino en la dura ley de la necesidad.

A cualquiera se le ocurre que matar a un homicida, como pena del talión, sea humano, ya que los hombres son, a veces, tan inhumanos.

Pero no todo el mundo entiende que se deba pasar por las armas a un pobre diablo que tiene muy desarrollado el instinto de la propia conservación, y que, obedeciendo a solicitudes invencibles de su organismo, deserta la bandera de la patria, o huye frente al enemigo, no entendiéndolo ni queriendo entender, de que el “honor sea la poesía del deber”, ni que la patria, que sólo le ha dado penurias o *palo*, debe ser todo.

Tenía, por consiguiente, que descubrir pronto y que castigarlo al diantre ése que, como haciéndome un gran pito catalán, me había dejado sólo este cuerpo del delito: el capote de Amespil, inocente a no dudarlo.

La conciencia pública, que no es la opinión, que es algo más que la opinión, decía:

“No puede ser Amespil el que la ha *gateado* a la Fulana.”

Amespil no entendía más que de una sola cosa, que era comer -¡y qué bueno es entender sólo de esto! -, y sacándolo de ello era un maricón atlético.

¿O creen ustedes que ciertos instintos y el vigor son hermanos gemelos? La regla es al contrario, y si no, ahí están los tísicos.

Yo me decía: ¿y si se equivoca la opinión? ¿Si la conciencia pública está esta vez en error, como tantas otras? Y pensaba en Salomón, y pensando en el sabio de los sabios, me vino una inspiración.

Y han de saber ustedes que es la inspiración de que he estado y estoy todavía más ufano. Soy mozo porfiado ¿qué quieren ustedes? La frenología lo afirma. Tengo muy desarrollado el órgano de la combatividad...

Llamé a la *otra*, tuve con ella mi coloquio indagatorio y convencido de que si bien suele suceder que una mujer se entregue sin amor, resistiendo difícilmente cuando ama (¿qué digo?; nunca!), saqué en limpio esto: que en aquel caso o *documento* no había habido nada que tuviera que hacer con el eterno tentador, sino que el malhechor, siendo en extremo trascendental en sus combinaciones, hacía al revés de lo que el personaje del sainete, que, temiendo ser descubierto, dice: “yo también soy ladrón”.

Aquí el ladrón intentó pasar por un pseudo seductor. No era el cuerpo de la patrona de la *carpa*, sino su azúcar y sus cobres los que lo aguijoneaban.

- Dime - le preguntaba yo a ésta -, ¿si volvieras a tocar esa mano con la que tanto bregaste, esa mano que sentiste enmelada con tu azúcar, al intentar otras operaciones que tú, entre sueños, creías practicadas por tu marido, que hacía una escapada de la guardia para...¡eh!, dime, la reconocerías?

-¡Ya lo creo, entre un millón de manos, señor!; Si reconoceré yo una mano que ha andado por...!

Acertar en la buena administración de la justicia, sin ofender la equidad, cuando la una busca al culpable, y la otra al inocente, es, en verdad, hacer acto de varón, lean ustedes de *mayor*...de cuerpo.

Yo quería acertar, lo quería fuertemente. Me concentré, medité, reflexioné, y un rayo de luz interior me iluminó, sugiriéndome un pensamiento que la misma envidia, como diría mi maestro, no podía menos de calificarlo de hermoso. Y en efecto debió serlo, porque la calumnia se encargó de abultarlo, de exagerarlo, de desfigurarle, de mistificarlo, de exornarlo, dándole a una farsa ejemplar, que a nadie aterrorizó, todo el carácter de una punición atroz, salvaje, tradicional...de éstas contra las cuales protesta, con horror, el artículo de la *Constitución* a que antes me he referido; *Constitución* que es toda entera y verdadera una protesta solemne contra los abusos, violencias y crueldades de todos los tiranos, y una garantía contra los pródromos posibles de ellos...sobre todo, por razón de linaje...¿Están ustedes...?

Mi secretario me dice que abrevie. ¡Mal haya el hombre! Él se cansa de escribir, y cree que yo me debo cansar de dictar, como si no fuera muchísimo más trabajo pensar (mi secretario murmura: cuando se piensa bien) que ensuciar carillas de papel.

El batallón, trastornado el orden de sus compañías, y la colocación de los individuos de todo pelo, tamaño y nacionalidad, que lo componían, formó en dos alas, tapados los hombres hasta la cabeza con sus capotes, de modo que era imposible reconocerlos.

Petronila y yo íbamos recorriendo hombre por hombre, yo observando, ella tocando la mano de cada cual, por debajo del capote, diciendo: no, no, no, instantáneamente, demorándose más o menos para decir *no*, hasta que acertó a dar con un sujeto, que pareció

fijar todos los recuerdo de sus afinidades de epidermis, exclamando por fin, después de hesitar un momento y de mirarme con cara significativa:

-¡Éste es, mi mayor!

Yo tiré del capote para abajo.

¿Saben ustedes lo que quedó al descubierto, como uno de esos maniqués que se desvisten por escotillón? Ni más ni menos que un individuo que en la filiación moral, a que me he referido, tenía esta nota: “Destinado por ladrón, sanjuanino; tiene varias deserciones”, en dos palabras: Míster *Culito*.

Por supuesto que un lector extranjero *non càpira niente de esto*. Pero con tal de que entiendan ustedes, a mí me basta y me sobra.

De aquí parto yo...

- Señor – me dice mi secretario - , ¿va usted a hacer alguna otra digresión?

- Pero amigo, no me cambie los frenos a cada momento...

- Está bien...así será; pero a mí me parece...

- ¿Qué le parece a usted? ¡caramba! que es hombre insistente...

No es digresión, es reflexión lo que voy a hacer...

Y ella consiste (lo peor de todo es que usted en sus apuros me hace que yo no diga todo lo que deseara decir) en observar que la escuela naturalista tan combatida...(se han empeñado en que el naturalismo es cosa nueva porque lo confunden con la obscenidad); la escuela que pinta usos, costumbres, que entra en detalles y en minuciosidades, empleando el *caló*, la *langue verte*, diciendo, por ejemplo: *meterlo en la tipa*, en vez de “ponerlo preso”, *destinarlo* por “condenarlo”, no presta el más mínimo servicio a la inteligencia futura de una infinidad de anomalías de otra manera inconcebibles.

Dígase cuanto se quiera, si a la sociedad de ahora no la describimos con pelos y señales, los que quieran saber, dentro de dos mil años, cómo vivía un argentino en el año de gracia (a algunos no les hace) de 1889, o durante la guerra del Paraguay, o en los tiempos de *violín* y *violón*, no hallarán un solo documento auténtico que se lo diga, y todas serán conjeturas e interpretaciones. Por eso el padre, el fundador, el primero de los autores naturalistas modernos, el inimitable, el incomparable, el estupendo Balzac, ha hecho un verdadero monumento arqueológico, escribiendo su *Comédie humaine*.

No; describir los usos, las costumbres, las rarezas, hasta los sarcasmos de una civilización (esta palabra es muy elástica), para explicarse su vida, nunca será acto ocioso. Sería lo mismo que sostener que la España venció a Napoleón porque tenía más patriotismo que otras naciones, siendo así que lo venció porque, después de haber luchado siete siglo y medio contra los moros, no había derramamiento de sangre que la asustara. Y no vayan ustedes a deducir de aquí que, porque en España hay corridas de toros y riñas de gallos, no hay *tatitas* y *mamitas* a quienes no se les caiga la baba cuando los hijos hacen pininos. Nuestros antepasados eran tan tiernos y tan sensibles como nosotros podemos pretenderlo.

Y si ustedes me apuran mucho les diré que no fueron tan bárbaros con los indios como nosotros.

Por consiguiente, todo es cuestión de costumbres y no podía ser sino calumnia, dadas nuestras costumbres, el horror de que quisieron rodear a mi poco horrorosa persona los que, empleando una frase que puede darse vuelta, como una media, dijeron: ¡que yo había hecho comer a un hombre por las moscas!

-¡Ajá! – le dije yo -, ya ve, amigo, como no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla.

Y aquí hubo un diálogo muy cálido, entre ella y él, y allí tuve yo oportunidad de ver que no hay nada más vil, más canalla, más infame, más cobarde, que un hombre, cuando por salvarse, trata de calumniar a una mujer...como no hay nada más locamente sublime que una mujer, cuando se trata de un hombre que ama desinteresadamente y mucho (¡caso raro!).

Acabemos: la justicia salomónica estaba, por decirlo así, hecha.

Cuentan que el célebre doctor Gall, entrando en el anfiteatro, exclamó al ver un cráneo del que no tenía antecedentes (sus discípulos lo habían colocado allí a ver si lo sorprendían).

“He ahí bien pronunciada la protuberancia del crimen.”

Era efectivamente la calavera de un forajido, asesino e incendiario.

Pues en la coyuntura de Ensenaditas yo pensé, al ver la cara de *Culito*:

“La Petronila tiene razón. *Culito* ha ido a robarla, no a gatearla, como él lo pretende, de acuerdo con ella”, y como yo, pensó todo el batallón.

Y esta vez no dije como el otro sabio: Prefiero tener razón solo, a equivocarme con todo el mundo. No, discurrí a la inversa, me puse del lado de todo el mundo, y entiendo que acerté.

¿Y *Culito*?, ese hombre que yo hice devorar por las moscas, en pleno día, en presencia de treinta mil testigos, entre los que hay que citar a mi jefe inmediato, el comandante Ayala, general ahora, ¿treinta mil testigos, que no protestaron, que no me acusaron, que dejaron impune el atentado?

Culito estuvo de plantón, un rato, atado a una palmera (así hacían muchos otros), y en expectación pública como único castigo, por sus infinitas fechorías, poniéndosele un poco del azúcar que había intentado robar, en la nariz, para que las moscas lo tildaran, y sufrió tanto...que no cesó de reírse.

Si *Culito* no hubiera estado más que atado a una palmera, o en cuatro estacas, castigos consentidos, a pesar de la *Constitución* (yo no los aplicaba) y se hubiera muerto, como no habría sido un milagro que sucediera, rezando el parte “una baja personal”, todo aquello habría quedado envuelto en el más profundo misterio. ¿Por qué? Porque mis cómplices se habrían encargado de defenderme. Pero tuve la diabólica inspiración de lo dulce, y esto se me convirtió en amargura *ad usum* de los corresponsales o *reporters*, inocentes, al parecer.

Decía, que *Culito* casi se murió...de risa...y que el tormento que yo le di fue tan cruel que todos en el batallón...se rieron...

Y ¿qué otra cosa querían ustedes que hiciera él, que era un pillo redomado, y yo que no soy ahora mejor de lo que era entonces? Porque han de saber ustedes que, con la edad, me he echado muchísimo a perder.

¡Ah!, sin duda, ustedes habrían deseado que yo hiciera como los que estaban al lado mío...como ellos... que fueron los que le pusieron alas a la calumnia para que volara, a fin de que, entreteniéndose el público con los otros, no se ocupara de ellos, de cuyas torpezas yo me hacía cómplice silenciándolas...por puro compañerismo...pagado con moneda de ley...vil.

Es el caso de exclamar una vez más, con el poeta:

...*Ma guarda e passa.*

Miren ustedes, y esto es mucho más instructivo y está mucho más preñado de filosofía de lo que a primera vista parecerá:

Estaba yo comiendo un día con un personaje político, hombre tan lleno de seducciones como desgraciado, y admirando una preciosísima vajilla, que no había visto hasta entonces en su casa, le dije:

- ¿Y de dónde ha sacado usted esa joya?

- Adivine...

- Adivinar, ¿cómo? Déme algún antecedente; por la hilacha sacaré la madeja.

Ese amigo le pidió un diario a una de sus hijas e indicándome un suelto infame, marcado con lápiz azul, me dijo:

- El que ha escrito ese suelto es el mismo que me ha regalado este servicio.

- ¡Ah!, bueno, mi querido amigo; ese hombre, por un lado da, por otro quita, mientras obtiene lo que pretende y se cobra con usura...Ya estoy...puede ser...

Entre estos tiempos y los otros, no hay más que una diferencia.

Antes le hacían a uno odas y lo envenenaban con ramilletes perfumados. Ahora le regalan a uno vajillas suntuosas, y lo calumnian.

Entre aquellos tiempos y éstos, ¿con cuáles se quedarán ustedes?...

Por mi parte, contesto: que esta planta endógena que se llama *hombre*, que crece del interior al exterior, hay que observarla y estudiarla de cerca, y que ustedes se han de equivocar siempre que juzguen a uno de sus semejantes por el aire con que anda en la calle, no porque el aire, en cuanto implique fisonomía, no sea un trasunto, sino porque al hombre, como a todo lo que es complejo, hay que verlo por dentro y por fuera.

¿Quieren ustedes un ejemplo concluyente?

Vengan ustedes a mi casa, hablen con todos los estantes y habitantes de ella, hasta con mi perro Júpiter, y todos ellos, inclusive mi secretario (un secretario grato, que pondera, es un colmo), les dirán: que yo soy un artista consumado, delicadísimo, un adorador de la forma y del colorido, una especie de griego forrado en un romano, que adoro las flores, los pájaros y los niños, capaz de comerme una pera de agua...de Montevideo, y hasta una...oriental.

¡Pero que hacer comer a un hombre por las moscas! *shocking*, eso no salió de ninguna de las concepciones atroces que pudo tener mi amada madre, cuando mi padre lo engendró a vuestro constante admirador...en cambio de que lo admiréis un poco...y de que alguna vez siquiera le remováis algunas de las piedrecillas que le ponen en el camino...sus genialidades.

Mi secretario da fe, escribiendo: *Ecce homo!*, y mi secretario no es hombre de *pilatunas*.

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo
Pedro Pagani.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

